

haffy, Duchesne, Bresslau, Tannery, Babelon, Saleilles, Vidal de Lablache, Wilamowitz, Browning, Tropea, Gaudenzi, Lámpros, Croce, Ehrle, Pollock, Stein, Hamperdick, Dubois, Scaduto, Harald Hjärne, Dembinski, Collignon, Bucheler, Luchaire, Conway, Monro, Pelham, Fredericq y tantos otros de nombradíz universal, no era aventurado suponer que sus deliberaciones y acuerdos habían de ser fructíferos.

Hagamos votos por que el próximo Congreso, que ha de reunirse en Berlín en 1906, sea digno continuador del que acaba de celebrarse (1).

(1) Salvo en el caso de nombres muy conocidos, no respondo de la ortografía de todos los que cito (más que en este párrafo, en otros anteriores) como asistentes al Congreso de Roma. Respecto de algunos, á quienes no traté personalmente, tengo dudas, porque la única fuente de información para esto (el *Diario* del Congreso) abunda en incorrecciones y contradicciones.

## VII

### España en el Congreso internacional de Ciencias históricas.

#### I

Cuando, en 1901, empezaron á circular los programas é invitaciones oficiales para el Congreso internacional de Ciencias históricas de que venimos hablando, nuestro Ministerio de Instrucción Pública comunicó á las Universidades españolas la noticia (1), preguntándoles, á la vez, si querían, enviar algún delegado á la proyectada asamblea científica. Ignoro cuántas y de qué clase fueron las contestaciones recibidas en el Ministerio. Sólo conozco la de la Universidad ovetense, que prometió su asistencia al Congreso.

Entorpecida la reunión de éste en la fecha primitivamente pensada, nuevamente se fijó su cele-

(1) Supongo que á todas las Universidades, pues no creo que la comunicación enviada á la de Oviedo fuera excepcional.

bración, según ya vimos, para Abril de 1903. Un año de por medio era tiempo bastante para que se olvidara la circular ministerial de 1901. Lo natural era que ésta se repitiese á fines de 1902, coincidiendo con las nuevas invitaciones de Roma. No se hizo así; pero la Universidad de Oviedo no olvidó su promesa, y hubo de reiterarla comunicando al Ministerio, en Febrero de 1903, que había designado ya como representante á uno de sus catedráticos. Al propio tiempo, y para que esta representación fuese doblemente autorizada, solicitó (de acuerdo con las indicaciones de un ilustre profesor de la Universidad de Madrid, gloria de los estudios históricos españoles) que el delegado de Oviedo fuese nombrado también delegado oficial del Ministerio de Instrucción Pública, el cual, por lo visto, no había pensado hasta entonces en nombramiento semejante. Así se concedió por R. O. de 2 de Marzo; y he aquí cómo fui yo al Congreso con una doble representación, altamente honrosa para mí, pero con la que no había contado cuando, en 1901, cediendo á la sollicitación de mis aficiones y al deseo de aprender con el contacto de los grandes maestros de la ciencia histórica, me prometí á mí mismo no faltar al Congreso internacional convocado.

Aparte de este interés personal, tenía para ello otro interés patriótico, avivado todos los días con el recuerdo de la vergüenza de 1900, á que todos

contribuímos, quién más quién menos. En aquella fecha, y con motivo de la Exposición universal, se celebraron en París varios Congresos científicos. El profesorado español, que por culpa del Gobierno (1) no tuvo en la Exposición misma ni aun el lugar modestísimo que hubiera podido tener (á lo menos para dar señales de vida y muestras de sus anhelos de mejora), no hizo todo lo que hubiera debido hacer para llenar este vacío, acudiendo á los Congresos y tomando parte activa en sus tareas. Verdad es que en algunos (el de Enseñanza superior, el de Enseñanza de las Ciencias sociales; el de Historia comparada) se leyeron trabajos de autores españoles (2); pero esto no basta. A los Congresos hay que ir; porque lo

(1) Sabido es nuestro fracaso en este punto.

La prensa de Madrid y de provincias habló de ello y de su significación ¡á los dos años del desastre de 1898! Un periódico dijo que en los exámenes celebrados en París, á la faz de todas las naciones del mundo, España había sido *reprobada*. Para contestar á esto escribí una carta (que publicó *El Pueblo*, de Valencia), poniendo los puntos sobre las íes, y probando que lo sucedido realmente era que España (la España oficial) *no se había presentado á examen* en materia de enseñanza; cosa no menos grave, ciertamente, que la de un suspenso, ya que su resultado había sido autorizar el juicio de que á los españoles les importaba un ardite todo lo que se refiriese á su regeneración por la escuela. Pero la culpa de esto fué exclusivamente del Gobierno, dado que hubo establecimientos oficiales (nuestra Universidad v. gr.) que solicitaron concurrir á la Exposición, y á quienes se contestó ¡que no había sitio *para esas cosas!*

(2) Saavedra, Hinojosa, Aramburu, Buylla, Posada, Sela y el autor de este libro, que yo sepa.

que en ellos importa, sobre todo, es la comunicación personal con los especialistas de otros países y no se hace presente quien se limita á escribir unas cuartillas y enviarlas.

¿A qué se debió ese retraimiento, cuyas escasísimas excepciones no hacen más que confirmar la regla? Sin duda, en gran parte, á nuestra pereza para salir del terruño y á nuestra falta de costumbre de viajar. En algunos, es indudable que influyó el pesimismo, el terrible aplanamiento que produjo la catástrofe de 1898 (no la militar, sino la nacional), y que en ellos dió origen al error lamentable de que lo único hacedero era meterse en un rincón para esconder nuestras miserias y trabajar en silencio, si era posible. En otros (sé de algunos), los buenos deseos se estrellaron contra dificultades invencibles de índole privada y contra la absoluta indiferencia del Estado. Pero nada de esto constaba á los extranjeros. El hecho evidente para ellos fué que de 400 y pico de profesores de Universidad y otros tantos de Instituto, etc., apenas si dos ó tres figuraron en las deliberaciones de los Congresos, y que faltaron todos los hombres á quienes se reconoce alguna personalidad científica más allá de nuestras fronteras (1).

(1) Hay que hacer una excepción: la del Sr. Sardá, Director de la Escuela Normal Central de Maestros, que asistió, como Delegado gratuito del Gobierno español,

El efecto no pudo ser más terrible. Estoy seguro de que en muchos de los que aun tienen sensibilidad para estas cosas, se reflejó en forma de una gran vergüenza. Yo la sentí, y en el fondo de mi alma juré redimirme de la parte de responsabilidad que me correspondía.

Pero el hecho se ha repetido en 1903. Casi todas las Universidades y corporaciones científicas del mundo culto enviaron á Roma sus delegados. Los Gobiernos todos, hasta de los más humildes y apartados países, enviaron también sus representantes.

Los grupos alemán, francés, inglés, ruso y austro-húngaro, eran muy numerosos. En el banquete dado en Palacio figuraron: 14 delegados alemanes; 8 de Austria y Hungría; 3 de Bélgica; 46 de Francia (1); 14 de Inglaterra; 7 de Rusia; 4 de Suiza, y otros, individuales, de los Estados Unidos, República Argentina, Suecia, Noruega, Holanda, Dinamarca, Bulgaria, Servia, Grecia, etcétera. Como ejemplo especial citaré el de Chile, que nombró tres delegados oficiales y abrió en

al Congreso de Sociedades geográficas de Francia y al Pedagógico. En este último figuraron también algunas profesoras de instrucción primaria y la esposa del señor Sardá. De la asistencia del Sr. Velázquez al Congreso de Historia comparada, ya hemos hecho mención.

(1) El número total de representantes franceses fué de 56; 44 de la enseñanza superior y 12 del Instituto de Francia. (Véase el art. de Monod en *Revue historique*, Julio-Agosto, pág. 360).

1901 un concurso para premiar una *Bibliografía Histórica y Geográfica* chilena con destino al Congreso (1), además de enviar una colección numerosa de libros reunida por la Universidad de Santiago y la oficina hidrográfica de Valparaíso. En medio de este mundo de representantes (unos 300 en total), no es maravilla que el único de España—de España, que quizá más que ninguna otra nación tiene su historia unida por honradas raíces á la de Italia,—sintiese una melancólica impresión de soledad, que no fueron bastantes á desvanecer las muestras de simpatía de que voy á dar cuenta (2).

(1) A este se presentó la *Bibliografía* impresa ya en un volumen de 500 y pico de páginas, según ya hemos dicho.

(2) No olvido un argumento que entre nosotros, por desgracia, tiene mucha realidad no pocas veces, pero que también suele servir de hoja de parra á la pereza é indiferentismo de la mayoría. Me refiero á la escasez de medios pecuniarios de nuestro profesorado, cuyos sueldos son miserables, y al ningún interés que el Estado muestra por compensar esta falta, cuando llegan casos como el de Roma, con una subvención que no necesita pasar de modesta. Pero bueno es decir también que si los delegados de los Gobiernos extranjeros á que he aludido llevaban por lo general dietas, los delegados (mucho más numerosos) de Universidades y sociedades científicas no contaban con este auxilio, y que todos sabemos que el esfuerzo que supone un viaje á Italia (1.000 pesetas, término medio), lo pueden hacer bastantes profesores españoles.

## II

Hace trece años, y casi en la misma época que la fijada para el Congreso de Roma, entré por primera vez en una de los cátedras de la Escuela de estudios superiores (*Ecole des hautes études*) de París. No se ha borrado de mi memoria—antes bien vive en ella con caracteres enérgicos, que cada día parecen acentuarse—la impresión de extrañeza que produjo en el profesor (el malogrado Giry, si no recuerdo mal) la noticia de cuál era mi patria. «¡Es tan raro que vengan por aquí españoles!», me dijo explicando su gesto, que debió juzgar demasiado significativo.

La misma sorpresa he observado en Roma; pero combinada con muestras de una satisfacción que no puede atribuirse totalmente á la galantería extranjera: de un lado, porque tuvo manifestaciones inequívocas para quien posee alguna costumbre de tratar gentes de otros países y, además, porque procedieron, aún más que de los italianos, de quienes eran allí tan extranjeros como yo. Interpretando el monólogo interno que se adivinaba á través del lenguaje exterior, podría resumirse la impresión á que me refiero con estas palabras: «¡Hombre, un español!» Y en seguida: «¡Gracias á Dios que

se les ve á ustedes en estas reuniones!» Y ese ¡gracias á Dios! era como un reproche cariñoso, mezclado de íntima alegría, semejante á la que sextimos por la reaparición de un antiguo camarada que, tras largos años de retraimiento, vuelve á compartir los afanes comunes en la lucha santa y unificadora por la verdad.

Esa sorpresa agradable, esa alegría animadora, las fui confirmando día por día, fueron infiltrándose en mí paso á paso, según las circunstancias iban poniéndome en comunicación directa con nuevos grupos de congresistas. Y no había en ello—nótese bien—ningún factor personal que, interponiéndose, diera la ilusión de un sentimiento de comprensión más amplia. Yo era allí, sobre todo, *el español*; y el movimiento de simpatía que observaba á cada momento, era para mi patria, era para la representación nacional que la casualidad había puesto en cabeza mía.

En unos, ese movimiento era algo romántico, como procedentes de las lecturas de nuestra literatura clásica, de nuestro Cervantes idealista y soñador, de nuestro teatro caballeresco, de nuestro Romancero, expresión de la leyenda histórica; y abultaba algo sus optimismos sobre la base de una íntima (y, en su mayor parte, quizá inconsciente) atracción, antes moral y de sentimiento que propiamente intelectual. Así se veía, principalmente, en el grupo de delegados rusos, hijos

de un pueblo cuya alma se parece no poco al alma española, y cuya situación tiene no pocos puntos de contacto con la nuestra. Representante el más genuino, tal vez, de ellos, en este respecto, era un profesor de la Universidad de Kharcof, León Schepelevitch, autor de una reciente biografía de Cervantes, entusiasta de España (sobre cuya literatura ha escrito más de una vez en revistas de su patria) y él mismo, tipo físicamente muy español, que recuerda los retratos de tiempo de Espartero, con su bigote recortado y su mosca con honores de perilla. ¡Cuántas tardes, tomando juntos el té mientras descansábamos de las tareas del Congreso en un café del Corso, tuve la ilusión de que hablaba con un compatriota y de que no estábamos en Roma, sino en una ciudad castellana resurgida á vida nueva!

En su mayoría, los profesores rusos allí presentes conocían el español, habían leído libros nuestros, y más de uno había viajado por la Península. De ellos partió una iniciativa, á la que se asociaron inmediatamente otros delegados de Bélgica, de Suiza, de Francia: la de que el Congreso de 1906 se celebrase en España, en Madrid decían unos, en Toledo los más poetas ó los más románticos.

Acabábamos de levantarnos de la mesa de los reyes, y en uno de los salones de Palacio, cubierto de tapices que me recordaban las espléndidas

colecciones de Madrid, los delegados todos, confundidos en un solo grupo, aguardaban su vez para ser presentados á los monarcas. Yo había entablado conversación con Gierke, el *Rector magnificus* de la Universidad de Berlín, otro *européo* que lee libros españoles y que me hab'ó con benévola simpatía de algunos de nuestros escritores modernos de Derecho y de Historia. Tratamos de las pensiones de estudio en el extranjero, con motivo del pensionado de la Universidad ovetense que amplía sus estudios en la capital de Prusia con el mismo Gierke y sus colegas, y la fortificante esperanza que muchos hemos puesto en ese saludable retorno á nuestro clásico internacionalismo intelectual, avivábase y engrandecía en el fondo de mi espíritu, á medida que las animadoras palabras de Gierke iban sonando en mis oídos. En un intervalo de la conversación acercáronse á mí algunos de los profesores rusos y me expusieron su idea, pidiéndome que la aceptase. Quedé perplejo. La proposición halagaba, como es natural, mi patriotismo; pero un grave temor por la responsabilidad que caía sobre nosotros, hacíame vacilar. Quise ganar tiempo para la reflexión, y opuse el inconveniente, real é invencible por de pronto, de carecer de autorización de nuestro Gobierno.—«Telegráfíe usted—me replicaron;—es preciso saber á qué atenernos unos días antes de finalizar las sesio-

nes. Hay otros delegados que piensan como nosotros.»

A la mañana siguiente telegrafíe, pidiendo autorización para aceptar, si la propuesta de España se presentaba y era bien recibida por el Congreso en pleno. A las pocas horas la contestación vino afirmativa. Pero la propuesta no llegó á presentarse. Se cruzó el nombre de Alemania, acompañado de razones que no tenían réplica desde el doble punto de vista científico é internacional. La más rudimentaria cortesía recomendaba que el tercer Congreso se celebrase en un país no latino, puesto que el primero se había celebrado en París y el segundo en Roma. Por otra parte, ¿quiénes pueden llamarse con más justo título maestros de la historiografía moderna, sino esos alemanes á cuyas cátedras han ido á aprender los hombres nuevos de todas las naciones y cuyos métodos de trabajo prevalecen en el mundo entero? Nosotros—que en tantas cosas (más de las que creen los galófobos) somos hoy hijos intelectuales de Alemania,—no podíamos disputarle lo más mínimo la primacía. Rogué á nuestros amigos que desistiesen de su proposición, y mi firma fué la primera de todas en pedir al Congreso que la próxima reunión se celebrase en Berlín. Por cierto—y vaya la noticia en prueba de la acción pacificadora de la ciencia—que el iniciador de la propuesta alemana fué un francés, Gabriel Mo-

nod (el director de la *Revue historique*), y que la redacción de aquella se hizo á los postres de un almuerzo que reunió en una misma mesa, fraternalmente, á Monod, Stern, Fredericq, Blok, otros dos profesores cuyo nombre no recuerdo ahora, y el que estas líneas escribe.

El interés de los alemanes por España es de otro género que el de los rusos. Me refiero, bien entendido, á los alemanes que yo traté, habituales concurrentes á la Sección II (Historia medioeval y moderna), y la V (Historia del Derecho). Así como los rusos se parecen á nosotros moralmente y en el ideal caballeresco que llevan en el fondo de su alma, con los alemanes tenemos de común esa seriedad en tratar las cosas serias de la vida, que fué un tiempo condición de nuestros políticos y de nuestros hombres de ciencia, y que todavía perdura en algunos que consideramos hoy como excepcionales y á quienes todos, aun los más ligeros, rinden aquí el tributo de su admiración. Los alemanes no ignoran que aún hay españoles de ese temple; conocen nuestra literatura científica moderna (nada difícil de conocer, por lo breve y diminuta), ó cuando menos, saben que una minoría bien intencionada lucha, en un medio refractario, por trabajar á la moderna y subir el peso muerto de nuestra nación por la cuesta agria de la cultura moderna; y hacen justicia á esos esfuerzos desesperados,

que amargan y debilitan á cada momento la indiferencia de la masa y el temor de lo infructífero ó inútil de la lucha. Es posible que en la Sección III (Historia literaria) hubiese algún hispanista á lo Schlegel, Wolf ó Grillparzer, que se diera la mano con los rusos; pero yo no supe de él. Mis germanos eran del tipo de Gierke ó de Leonhard, rector de Breslau.

Presidió Leonhard una de las sesiones de la sección de Historia del Derecho. Al leer yo una comunicación sobre metodología, hice, como era lógico, todas las reservas que exige nuestra pobreza científica, particularmente cuando ha de exponerse á los ojos de quienes son, por muchas razones, superiores nuestros. Insistí en ello, singularmente, porque, en virtud de un error de secretaría, mi comunicación figuraba como tema de discusión, lo cual podía dar lugar á suponer que mi propósito era presentar el método á que había de referirme como un modelo ó como fruto de conclusiones doctrinales de alcance general. Mi intención era más reducida y humilde. Se limitaba á referir mis experiencias metodológicas como un simple caso y como motivo para pedir á los demás profesores que expusiesen también sus procedimientos y las consecuencias que habían deducido de su práctica pedagógica. Fué grande mi asombro cuando, apenas terminada mi lectura, vi levantarse al presidente y le

oí contestar á mis reservas con un saludo entusiasta, acogido con grandes aplausos por la sección, á la ciencia española moderna, cuyos esfuerzos meritorios él conocía y estimaba en más de lo que nuestra modestia concede. Claro es que ni por un momento pensé en tomar al pie de la letra aquel elogio (que, conviene decirlo, no era á mí, sino á España), y que desconté toda la parte de galantería que lógicamente podía presumirse en él. Pero el grado de exactitud en la alabanza no era lo que importaba en aquel saludo, verdaderamente desusado. Lo que importó y lo que de él recogí, fué el sentimiento de simpatía que lo produjo, la impresión de que, no obstante nuestro aislamiento, hay por el mundo gentes que, en vez de despreciarnos, nos tienen cariño y se alegran de que trabajemos por nuestro progreso y por la cultura común. Esto me bastaba como patriota. Del desvanecimiento vanidoso que esa estimación pudiera causar en espíritus débiles, fáciles al chauvinismo, ya se encarga de curarnos diariamente el triste espectáculo de la realidad con que tropezamos á cada momento.

En otro orden de cosas, todavía hubo en el Congreso nuevas manifestaciones hispanistas. En la Sección II, Schepelevitch leyó un resumen de su libro sobre Cervantes, y de sus investigaciones en los archivos y museos de Madrid.

En la III, el profesor Zuccaro recordó las relaciones afectuosas de Balaguer con Italia y el valor de algunos de sus escritos. En la IV, Salazar presentó una memoria sobre la *Patria y familia del Españoleta*. El director del Archivo de Estado de Cagliari, doctor Silvio Lippi, habló del Libro Verde, que contiene los privilegios dados por los reyes aragoneses á aquella ciudad, y Schulte se refirió, en su comunicación sobre *La lana como promotora del florecimiento económico de Italia en la Edad Media*, á la ganadería lanar española y las relaciones comerciales entre ambos países.

### III

Pocas palabras sobre mi intervención personal en el Congreso.

Las Secciones más interesantes para mí eran, naturalmente, la de Metodología y la Historia del Derecho. Envié para la primera—y á petición del Comité directivo—una nota sobre la organización de los estudios históricos en España. Esta nota fué á parar, sin embargo, á la Sección general de «Historia de la Edad Media y Moderna», juntamente con las de Monod, Fredericq, Bresslau, Thayer, Block, Gertz, Harald Hjærne, Bryce, Villari y Dembinski, relativas

al mismo asunto en Francia, Bélgica, Alemania, Estados Unidos, Holanda, Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Italia y Austria-Hungría. Se leyeron todas, como ya dije antes (1), en una misma reunión, constituyendo un informe internacional comparativo de gran interés (2). En la sección llamada propiamente de *Metódica*—que tuvo escaso movimiento,—ocupé la presidencia el primer día.

En la Sección de *Historia del Derecho* presenté la comunicación ya indicada al hablar de Leonhard y otra sobre el «Valor de la costumbre de nuestra historia jurídica.» Esta no la pude leer personalmente, porque cuando me correspondió el turno—en la última reunión—hallábame presidiendo la Sección de Historia medioeval. En cambio, pude intervenir en la discusión de la Memoria de Pollock, acerca del *desarrollo del derecho comparado*, informando sobre los antecedentes de esa ciencia—y en general del méto-

(1) V. cap. V.

(2) En un reciente artículo, publicado en la *Revue internationale de l'enseignement* (15 Julio, pág. 51), M. Sagnac me atribuye haber insistido en la citada nota sobre «la necesidad de la enseñanza de la sociología y de la historia del Derecho.» El Sr. Sagnac oyó mal lo que yo leí. No sólo me abstuve por completo de emitir opinión sobre estas cosas, sino que ni aun me referí á ellas, creyendo que no era sitio oportuno para discutir cuestiones doctrinales de esta especie el de una nota de *pura información* sobre los programas y métodos actualmente usados en nuestra enseñanza pública y privada. (V. el cap. IX).

do comparativo aplicado á la historia de las instituciones—en España, desde su iniciación en el siglo XVI (Paez de Castro, v. gr.) hasta nuestros tratadistas y profesores modernos (Azcárate, Posada, etc.)

Al tomar posesión de la presidencia de la Sección jurídica—para la que también fui nombrado,—hice algunas indicaciones sobre la dependencia estrecha en que se halla nuestra historia del Derecho en la Edad Media y Moderna, con la de Italia, ya por medio de los glosadores—tan en boga en Castilla y en Aragón, en el siglo XIII—ya por la copia ó trasplante de preceptos legislativos, como los del Código civil italiano.

Finalmente, y acordada por la Sección II, grupo II, el nombramiento de una comisión internacional para preparar, con destino al Congreso de 1906, el plan de una Bibliografía general histórica, fui llamado á ella como representante de España, según he dicho en el cap. VI.

Para terminar, diré algo de las deducciones relativas al juicio de nuestro estado presente, que saqué de mis conversaciones con los congresistas y, en especial, de las provocadas por los comentarios á mis Memorias é informaciones. Con esto completaré lo que antes dije de los hispanófilos rusos y alemanes, principalmente.

Notorio es que cabe sentir simpatía hacia una nación y tener de su estado actual (económico,

político, científico ó de todos ellos juntos) un po-  
brísimo concepto, más ó menos exacto. Claro es  
que la simpatía tiene siempre por base la estima-  
ción de alguna cualidad que consideramos funda-  
mental en el sujeto, aunque temporalmente se  
halle obscurecida; pues no bastan los recuerdos  
románticos del tiempo pasado para mantener un  
interés superior al puramente arqueológico. No  
han pasado de éste, sin duda, muchos hispanis-  
tas, á quienes, por eso, he llamado simplemente  
*hispanólogos*, diferenciándolos de los *hispanófi-  
los* (1); pero otros hay que son las dos cosas jun-  
tamente, que aman ciertas cualidades permanen-  
tes (ó que tienen por tales) del espíritu español,  
que se interesan por nuestro porvenir y que creen  
posible nuestro renacimiento. De estos he halla-  
do muchos en Roma. Muy verosímil es que, en  
los más de los casos, su conocimiento del país sea  
muy imperfecto, que se limite al de la brevísima  
minoría que puede aspirar aquí al juicio de pares  
con los hombres de ciencia de otros países, y que  
esto les induzca á generalizaciones erróneas; pero  
lo cierto es que la mayoría de los extranjeros con  
quienes he hablado (aunque lamentan nuestra pe-  
reza ó nuestra indiferencia, señaladas en los he-  
chos á que aludí antes y en la tranquilidad con  
que dejamos que exploten las fuentes de nuestro

(1) *Hispanólogos é hispanófilos* (en el libro *De Historia y Arte*.)

saber histórico gentes extrañas), (1) es más op-  
timista que nosotros mismos respecto de nuestro  
povenir.

Algunos profesores rusos se dan cuenta exacta  
del abismo que existe entre nuestra minoría *inte-  
lectual* y la masa enorme de ignorantes de nues-  
tro pueblo—cosa análoga sucede en el suyo,—y  
aun así, confían; á condición, claro es, de que tra-  
bajemos por llenar ese abismo mediante un im-  
pulso enérgico dado á nuestra instrucción pública.  
Esa rectificación de nuestro pesimismo—en el  
cual, lo confieso, me siento caer más cada día, con-  
siderado en conjunto nuestro problema nacional,  
—ya lo había observado antes de ahora en algu-  
nos extranjeros de cuya sinceridad no cabe duda;  
pero me llamó la atención poderosamente verlo  
confirmado en mayor escala y me produjo hondas  
reflexiones, porque venía á juntarse en mi espíri-  
tu con una observación hecha más de una vez y  
perfectamente compatible con la impresión gene-  
ral de atraso que se desprende de toda nuestra  
vida, á saber: que los pocos hombres que aquí  
trabajan seriamente y las pocas instituciones que  
aquí han tomado la orientación europea, no se  
diferencian lo más mínimo (salvo la distancia

(1) En los archivos de Italia, en los de Bélgica, en  
los de Rusia (y hablo sólo de casos concretos que he  
conocido), hay multitud de documentos españoles ó refe-  
rentes á España, que nadie ha leído todavía.

que entre ellos pone la preparación inicial y el medio en que se mueven) de sus correspondientes en el extranjero. Tal fué mi conclusión—v. gr.—al oír los informes referentes á los estudios históricos en las principales naciones del mundo. Y aunque inmediatamente vengan á amargar esta conclusión animadora dos hechos: el de la pequeñez de nuestros núcleos, comparados con los de otros países, y el de la intermitencia—cortada por larguísimos intervalos—de nuestro esfuerzo, queda lugar para este interrogante de esperanza: puesto que así se hace en ciertos casos, ¿por qué no ha de poderse hacer siempre y en toda la nación? Seguramente, así razonan los hispanófilos. ¿Se equivocarán ellos y nos equivocaremos nosotros?

Ocioso es decir que, entre 2.400 congresistas, era natural, no sólo que abundasen, sino que excediesen en número los que no saben nada ó saben muy poco de la España actual, á los que, por conocerla mejor ó peor, emiten aquellos juicios. El estado general de la masa de intelectuales extranjeros sigue siendo el que ya en otros escritos he indicado ó probado; ó nos ignoran completamente, ó lo que es peor, nos ven á través de la leyenda y de las pinturas de panderetas y abanicos. Ellos mismos lo reconocen á menudo. En Roma lo he oído confesar, entre otros, á un escritor italiano y á un distinguido profesor de una

Universidad francesa del Mediodía. Yo pude apreciar el alcance de esa ignorancia en el efecto de algunas de las noticias que tuve ocasión de dar sobre instituciones y libros españoles, ya en el Congreso, ya en conversaciones privadas.—«¿Hacen ustedes eso? ¿Tienen ustedes eso?» eran las preguntas significativas del asombro. Más asombrado estaba yo de ver que les maravillasen cosas que nada de particular tienen, dentro de un régimen normal de vida científica, y que, en gran parte, hemos imitado del extranjero. La conclusión es que esa masa á que he aludido (en ella incluyo á más de un especialista que nos ha olvidado en sus investigaciones) nos cree más atrasados de lo que estamos realmente, y que no se cuida de averiguar si se equivoca ó acierta en su juicio. No cabe explicarse de otra manera la sorpresa que le causan ciertas revelaciones.

El por qué de ese abandono en punto á la información de nuestro estado, es bien conocido. España no representa apenas nada en la vida internacional. Los extranjeros tienen conciencia de nuestra debilidad actual en todos los órdenes, y presumen que nada absolutamente podemos ofrecerles que les interese ó les sirva. Se han acostumbrado á prescindir de nosotros en la serie de cantidades utilizables por su nutrición intelectual ó para su experiencia y, ayudados por nuestro aislamiento voluntario y nuestra hueronería, no

se esfuerzan lo más mínimo por descubrirnos.

Pero así como he observado esto, he podido notar que al primer movimiento de asombro—podría citar nombres muy respetables,—al hallar aquí cosas que no podían sospechar, ha seguido un alza en la estimación de nuestro trabajo. Sin que esto nos enorgullezca, nos debe animar. Es como un reconocimiento de beligerancia. ¿Por qué no lo aprovechan nuestros intelectuales, y por qué no lo auxilian nuestros políticos desde el presupuesto de Instrucción pública?

De lo que podían hacer unos y otros en la esfera de trabajos á que vengo refiriéndome en este capítulo, hablaré *speciatim* en el siguiente.

## VIII

### Lo que pudo hacer España en el Congreso internacional de Ciencias históricas.

#### I

—Ustedes los españoles—decía no hace mucho un profesor francés, de apellido célebre en el mundo de la ciencia y de la política,—no saben nunca detenerse en el término medio: ó son pesimistas ú optimistas. O se creen ustedes superiores á los demás hombres, ó incapaces en absoluto.

Tiene razón. Sólo le faltó añadir que el extremo dominante en nuestros hombres de estudios es el pesimista. El hecho tiene fácil explicación. De una parte, todo el que trabaja con verdadero espíritu científico es modesto y reservado, porque ve la inmensidad de lo desconocido y se asusta cada vez más de su pequeñez; de otra parte, los que estudian pueden apreciar mejor que el vulgo la enorme distancia que nos separa de las naciones cultas modernas, y se sienten